

## HUMANISMO Y HUMANISMO CRISTIANO \*

### I

#### HUMANISMO O CULTURA

##### 1. ¿Qué es Humanismo?

Por la actuación de su espíritu el hombre es capaz de transformar las cosas materiales —incluso su mismo cuerpo— y la propia actividad espiritual —inteligente y libre— para el logro de un bien o valor en busca de su propia perfección. En toda su actuación espiritual, aun sobre las cosas materiales, no puede dejar de realizar bienes o valores positivos o negativos, es decir, no puede dejar de perfeccionar o deteriorar las cosas o su propio ser.

Ahora bien, esta actividad espiritual que transforma las cosas, su cuerpo y su propia actividad espiritual, para la consecución de valores en busca de su propio bien, es lo que constituye el *Humanismo o Cultura*.

*Humanismo*, porque todo lo que toca el hombre con su espíritu lo impregna de *humanidad*. La actividad humana penetra en las cosas y en la propia vida del espíritu para conferirle sentido humano, es decir, para *humanizarlas*. Un objeto cualquiera —una máquina construida por el hombre o una simple piedra empleada de pisapapel— o el desarrollo de una acción espiritual, de su inteligencia en la adquisición de la verdad o de su voluntad libre a fin de acrecentarse con los hábitos o virtudes morales, constituye un perfeccionamiento humano, un *humanismo* o, en otros términos, una penetración trascendente del espíritu, que enriquece los objetos materiales o la misma actividad espiritual, mediante la realización de un valor. Tal enriquecimiento valioso únicamente puede ser realizado por el espíritu y, una vez realizado, solamente por él puede ser develado o comprendido y usufructuado.

A medida que la persona va sometiendo a su dominio el mundo material y espiritual el humanismo avanza, el espíritu humano va conquistando para sí nuevas áreas del mundo y de sí mismo, su dominio se agranda y profundiza sobre el ser material y sobre su propio ser espiritual.

En el caso de la acción humana sobre los entes materiales —vale la pena señalarlo— este avance del humanismo para mejorar el bienestar del hombre, es continuo y creciente. Desde los primeros alojamientos en las cavernas y luego en habitaciones más elaboradas, y más tarde mejor construidas, hasta las man-

\* Trabajo leído en el II Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, celebrado en Monterrey (México), 21-25 de octubre de 1986.

siones y palacios de épocas posteriores, embellecidas con obras de arte; desde los primitivos utensilios de piedra y luego de madera y más tarde de metal, desde la invención de la palanca, el tornillo, la rueda y otros mil instrumentos cada vez más acabados y de mayor utilidad, hasta más adelante el logro de las máquinas modernas, creadas en incesante desarrollo —como el ferrocarril, el automóvil y el avión—, las computadoras, los cohetes y los satélites que trasladan al hombre o sus sondas indagatorias a otros planetas; y, en otras áreas, desde los primitivos instrumentos musicales, como la flauta, hasta los cada vez más perfeccionados, como el piano, el violín y el órgano; y en la pintura, la escultura y las letras y otras manifestaciones del arte, desde las expresiones primitivas de las cuevas de Altamira hasta las más acabadas y perfectas; y en otras múltiples direcciones, todo este itinerario, recorrido sin pausa y cada vez más acelerado a través de los siglos, de la ciencia, la técnica y el arte, se nos presenta como un avasallamiento maravilloso y creciente del mundo material bajo el dominio del hombre, como una conquista e impregnación, cada vez más amplia y penetrante, del *espíritu sobre la materia*: como un *humanismo* que ensancha sin cesar sus fronteras y ahonda en sus estratos para transformar cada vez más el mundo corpóreo y someterlo a los fines o valores humanos y, en definitiva, al perfeccionamiento propio del hombre.

Si nos hemos detenido en el sector material del humanismo es porque en él se hace más visible la penetración y sometimiento incesante de las cosas al espíritu del hombre y sus valores.

Ya veremos luego cómo se desarrolla el humanismo en los sectores espirituales, en los cuales no siempre avanza, sino que tiene sus épocas de apogeo y de retroceso.

## 2. *Humanismo o Cultura*

Esta penetración y dominio del espíritu humano sobre la naturaleza material y espiritual se llama con razón *humanismo*. Pero puede llamarse también *cultura*; porque cultura proviene del verbo latino "*colo*", que significa cultivar o desarrollar. La cultura es, pues, un desarrollo de la naturaleza material o espiritual para lograr nuevos bienes o valores o para constituirlos con más perfección.

Originariamente la cultura se refirió al cultivo de la tierra, con el que el hombre logra más abundante y más perfectos frutos, que los dados por la sola naturaleza abandonada a sí misma. Este cultivo o cultura de la tierra se logra por el espíritu del hombre, por su inteligencia y libertad, que se aplica a mejorar el rendimiento de la naturaleza, en cantidad y calidad, con instrumentos y medios cada vez más perfectos. (La cultura es, pues, en su origen, una penetración del espíritu del hombre, de su inteligencia y voluntad, es decir, un *humanismo*, que impregna la tarea de la producción del campo para ordenarla y lograr cada vez más y mejores frutos.

Pero la cultura o cultivo humano en función de valores se aplica también a otros sectores naturales, tanto materiales como espirituales. Este desarrollo, preparado por la inteligencia y realizado por la voluntad libre con las manos y otros instrumentos materiales, creados por el propio hombre, cuando son necesarios para transformar y mejorar el mundo corpóreo y espiritual con el fin de alcanzar otros bienes o valores, es lo mismo que *humanizar* o *impregnar de humanidad* ese mundo natural, es decir, es lo mismo que *humanismo*.

*Cultivar* o *humanizar* las cosas o el propio hombre en su cuerpo y en su actividad intelectual y libre, para acrecentarlos con nuevos bienes o valores, o sea, para perfeccionarlos es, pues, realmente lo mismo, están ambos realizados por el espíritu con el mismo fin.

Por eso, podemos usar indistintamente el término *humanismo* o *cultura* para designar esta obra de penetración e impregnación del espíritu humano en la naturaleza material y espiritual, con el fin de transformarla. Se trata siempre de cambiar de forma a los entes naturales por la acción de la inteligencia y de la voluntad humanas.

### 3. *Vida humana y cultura*

Como el hombre no puede dejar de actuar como hombre, es decir, sin desarrollar su actividad espiritual, no puede tampoco dejar de hacer cultura o humanismo: desde su origen, consciente o inconscientemente, el hombre ha realizado cultura.

A su vez el hombre tampoco puede vivir sin cultura.

Sin los entes culturales materiales —la habitación y el arte, los alimentos, los medicamentos, los progresos científicos y técnicos— la vida humana sería muy difícil, casi imposible de soportar. Por eso, antes de los grandes progresos científicos y técnicos y medicinales de los últimos tiempos, a medida que retrocedemos en el pasado, el término medio de la vida humana era cada vez menor. Por eso también, en los pueblos poco desarrollados, esta media de vida es menor que en otros pueblos.

Mucho menos podría vivir el hombre una vida digna de su ser personal o espiritual, sin los entes culturales de las buenas costumbres morales, de la educación, de la familia bien constituida y organizada, de la sociedad política estructurada sobre el bien común y el orden jurídico. Alejado de la familia y de la sociedad y de sus bienes culturales mencionados, el desarrollo espiritual humano sería casi imposible. Sin dejar de ser inteligente y libre, por naturaleza, su vida se reduciría en gran manera a una vida casi puramente natural, sin desarrollo específicamente humano. Esta deficiencia se notaría sobre todo en la cima de la cultura, que es la vida religiosa, por la que el hombre se une con su último Fin, que es Dios.

Por eso, si el hombre no puede vivir sin hacer cultura, tampoco puede vivir sin cultura. Y cuando la cultura o humanismo disminuye en los grados superio-

res del espíritu —como son el orden moral y religioso, el orden social y jurídico— tal deterioro o descenso de la cultura, influye peyorativamente en la vida personal y comunitaria humana. En un Estado organizado sobre el bien común y sobre una sólida moralidad y religión, con un orden jurídico bien establecido, que defienda el derecho y el valor de las personas, de las familias y comunidades intermedias, es mucho más fácil el desarrollo material y espiritual —intelectual y moral— de los ciudadanos que, en otros tipos de Estado, donde tales bienes están deteriorados o disminuidos.

## II

### LOS SECTORES DEL HUMANISMO O CULTURA

#### 4. Introducción

Esta cultura o humanismo de la naturaleza material y espiritual, puede realizarse sobre tres sectores de la actividad humana: 1) el *hacer*, 2) el *obrar* y 3) el *contemplar*

Estas tres actividades sintetizan el ámbito del obrar espiritual humano: 1) el *hacer*, en que dicha actividad espiritual —de la inteligencia y de la voluntad— incide sobre las cosas materiales; 2) el *obrar*, en que dicha actividad actúa sobre la libertad de la voluntad con incidencia en toda la conducta estrictamente humana: moral, religiosa, jurídica, económica y social; y 3) el *contemplar*, en que la mencionada actividad se dirige y obra sobre la propia actividad intelectual.

Ahora bien, la *cultura o humanismo* se encauza por esos tres sectores de la vida espiritual humana, para ordenarlas y dirigir las a su perfeccionamiento o humanización, mediante el logro de determinados bienes o valores.

Se trata siempre de la penetración de la vida espiritual humana con sus auténticos valores, en estos sectores de la misma, para liberarlos de sus defectos y limitaciones y ordenarlos a un verdadero desarrollo o perfección.

Basta una simple modificación de un ser natural —material o espiritual— para lograr un ente cultural o humanizado. Así una piedra empleada como pisapapel se trueca en un ente cultural. También un gesto de bondad o de amistad es un ente cultural.

Tales entes culturales o transformados por el humanismo o acción espiritual del hombre, para ser de-velados como tales en su verdadero sentido y alcance, necesitan *ser comprendidos* en el valor que ellos encarnan. En cambio, los entes naturales son meramente *entendidos*. Por ejemplo, si nos encontramos ante una piedra, la primera actitud de la inteligencia será de indagar la naturaleza de la misma: si es un mármol, un granito, etc., es decir, la inteligencia procura *entender* la piedra en su naturaleza. Pero si nos percatamos, después, que esa piedra es un hacha de un indio, pasamos entonces de la *intelección* a la *compreensión*: nos situamos ante una transformación cultural —por pequeña que

ella sea— realizada por un hombre con una determinada intención o sentido de valor. Al de-velar esta intención y valor de esta piedra convertida en hacha, la *comprehendemos* o *de-velamos* como ente cultural o humanizado por un hombre. Es la actividad de un hombre que des-cubre la actividad humana impresa en un ser natural por otro hombre para humanizarla y conferirle un valor.

Por lo demás, si sólo el hombre con su espíritu es capaz de hacer cultura, también sólo él, con su espíritu, es capaz de comprenderla y aprovecharla.

De aquí que el mundo de la cultura en su realización y comprensión y aprovechamiento sea un mundo exclusivamente humano, y ningún otro ser inferior a él tiene acceso al mismo. Los demás seres materiales, hasta el animal inclusive, ni son capaces de crear cultura ni de comprenderla o aprovecharla. El mundo de la cultura está por encima de su alcance, es un mundo vedado para ellos.

### 5 *El sector de la cultura del hacer técnico*

El hacer cultural del espíritu sobre la materia, puede ordenarse o bien para hacerla *útil* o bien para hacerla *bella*. De aquí que la cultura del hacer se divida en dos secciones: la de la *artesanía y técnica*, que intenta la consecución del valor de la *utilidad*, por medios manuales y por máquinas elaboradas por el propio hombre, para mejorar las cosas materiales y hacerlas servir mejor a sus necesidades y bienestar humano; y la del *arte*, cuyo fin es transformar las cosas materiales para hacerlas *hermosas* o más hermosas, es decir, para obtener o realizar el valor de la *belleza*.

El primer sector es el de la cultura *técnica*, incluyendo en ella la *artesanía* o *técnica* primitiva manual. Con ella el hombre modifica o transforma las cosas materiales para hacerlas servir mejor a sus necesidades.

En la *técnica* hay un desarrollo ininterrumpido. Mediante la obtención de un objeto útil, es posible lograr otro más útil y así sucesivamente, echando mano de medios más abundantes y mejor elaborados.

Ya dijimos antes (n. 1) cómo se desenvuelve sin cesar y sin retroceso este desarrollo en todas las direcciones de la utilidad.

Esta actividad se inicia con la *artesanía* o transformación con utensilios manuales o con las mismas manos. Luego se desarrolla más ampliamente con la *técnica* propiamente dicha, mediante la invención de las máquinas cada vez más complejas y perfectas, que abarcan un área sucesivamente más amplia y más perfeccionada.

La *técnica* ayuda y suple en gran parte el trabajo humano. Por eso, si ella estuviera subordinada al orden moral o humano, con el tiempo los hombres podrían trabajar cada vez menos y tener más tiempo para el "ocio" o cultivo del espíritu.

## 6. *El sector de la cultura del hacer artístico*

Paulatinamente el hombre pasa de la técnica al arte. Al principio, sólo busca los medios para poder subsistir cada vez mejor y luego para elevar el nivel de su vida conforme a su dignidad de persona humana.

Pero luego comienza a transformar los objetos de la técnica: una mesa, una silla, una habitación, en obras de arte, comienza a hermosearlos. El simple asiento se trueca en un hermoso trono y una mesa común en un cuidadoso mosaico; la vivienda en un bello palacio; y otro tanto acontece con los utensilios, que se convierten en objetos de orfebrería.

Pero más adelante el hombre inicia la elaboración de las obras de arte por el arte mismo, comienza a crear facturas hermosas en la pintura, en la estatuaría, en los tapices y otras expresiones de pura belleza

Cada época utiliza la materia a su alcance para crear los objetos bellos. Así el estilo gótico echó mano de la piedra, creó la ojiva para iluminar y hermosear las catedrales, los castillos y otros edificios de entonces; y dio a luz este arte admirable de los vitrales, de las miniaturas y de las iluminaciones de los manuscritos.

Con el avance de la técnica, el arte echó mano de nuevos medios de expresión artística. A través de los siglos el arte ha dejado la impronta de su paso sobre las obras bellas elaboradas con los materiales de la época, desde la madera a la piedra, y luego desde el cemento al aluminio, al acrílico y al plástico.

Sin embargo, en el arte no acontece lo mismo que en la técnica, pues mientras ésta avanza sin detenerse, el arte, en que predomina el espíritu sobre la materia, no siempre avanza en perfección, sino que a las veces se deteriora y hasta retrocede. Por eso, la historia del arte señala determinados momentos de ascenso y descenso de sus manifestaciones, de acuerdo al crecimiento o decrecimiento espiritual de la época.

## 7. *Autonomía y subordinación de la cultura del hacer técnico y artístico.*

La técnica y el arte se especifican por sus propios objetos o valores: de *utilidad y de belleza*. Una obra es tanto más perfecta como técnica o artística, cuanto mejor realiza dichos valores. Y en tal sentido la técnica y el arte son *autónomos* en su propia esfera. Su perfección depende de la mayor y mejor realización de tales valores, que los especifican.

Lo cual no quiere decir que sean *independientes* de la perfección humana. Como toda cultura, la técnica y el arte están ordenados al servicio del hombre y de su perfección. De aquí que si una factura técnica o artística lograse sus propios valores, es decir, fuera *bueno como técnica o arte*, pero atentara o no se subordinara al bien específico del hombre, que es el moral, el que hace bueno al hombre como hombre, dejaría de ser cultura o humanismo. La obra

haría bueno al hombre como técnico o artista, pero lo haría malo como hombre. Así un instrumento perfectamente elaborado para destruir la vida humana —una bomba atómica o un instrumento anticonceptivo— sería técnicamente bueno, pero cultural o humanamente malo. Lo mismo acontecería con una obra de arte, que aún realizando el valor de belleza, dejaría de ser cultural o humanamente buena, si atentara contra el bien moral

#### 8. La cultura constituida ante todo por los hábitos de la técnica y del arte

Advirtamos además que la cultura del hacer técnico y artístico, más que en las facturas externas, reside en el hábito interior que las realiza. Con este hábito o virtud intelectual de la técnica y del arte —los antiguos los incluían con sólo el término *arte*— logrado con la repetición de los actos, se constituye el *artífice* o el *artista*, que con tales hábitos es capaz de llevar a cabo las obras *útiles y bellas*, propias de la técnica y del arte, respectivamente. Es allí, en el hábito, donde está la raíz y la fuente de la técnica y del arte y, por eso, esos hábitos son los que con más propiedad constituyen la cultura *del hacer* en ambas direcciones, *artística o técnica*.

#### 9. El sector de la cultura del obrar moral

En la cultura moral el hombre transforma su propia actividad espiritual de su voluntad libre para encauzarla de un modo permanente hacia el bien específicamente humano, al bien que *hace bueno al hombre*, no bajo algún aspecto, sino *como hombre*.

Dios ha impreso en la naturaleza humana la ley moral, que cada uno inmediatamente descubre en sus principios fundamentales y que, luego, a partir de tales principios, llega a conclusiones cada vez más concretas.

Pero no basta saber qué es lo bueno, es menester realizarlo. Ya advertía Aristóteles contra Platón, que reducía el bien moral a su conocimiento, que a la ciencia moral puede no corresponder una conducta moralmente buena, a causa de la intervención de la libertad. "*Vide meliora, deteriora sequor, veo lo mejor, y hago lo peor*", había dicho Ovidio, y *San Pablo, haciendo alusión a este dicho del poeta latino, añade: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero"*, es decir, que la voluntad libre puede hacer el mal, pese a los dictámenes de la conciencia.

Porque la libertad humana, de sí inclinada al bien moral, puede desviarse de la ley, de los principios morales y dejarse arrastrar al mal por las pasiones.

La cultura moral no consiste en obrar bien alguna vez, sino en crear en la voluntad los *hábitos o virtudes*, que le confieran el gobierno permanente sobre sus pasiones para poder mantenerse inclinado de un modo habitual hacia el bien propio del hombre.

Siguiendo a Aristóteles, Santo Tomás señala cuatro virtudes fundamentales o *cardinales* —de las cuales dependen otras más específicas— que dan a la voluntad el dominio permanente sobre sus pasiones y la encaminan de un modo habitual al bien moral o perfeccionamiento humano.

Por sus pasiones sensuales el hombre está inclinado a los bienes deleitables de la comida y del sexo. La rectitud moral no está en suprimir estas pasiones, que han sido dadas al hombre para un objeto noble: mantener la vida del individuo y de la especie, ni el dominarlas sólo algunas veces, sino en liberarlas de sus excesos de un modo permanente, para que no aparten al hombre de su bien específico. Esta moderación de la sensualidad se logra con la repetición de los actos hasta crear en ella la virtud de la *templanza*, que confiere a la voluntad un dominio permanente o habitual sobre la misma.

Por otro extremo, el hombre tiene miedo y aversión natural a las dificultades y a todo lo que cuesta para obrar el bien. No basta tampoco superar esas dificultades alguna vez. Es menester superarlas siempre. Y para eso es menester crear el hábito o virtud de la *fortaleza*, con la repetición de los actos que superen el miedo a las dificultades.

Con esa virtud, la voluntad logra el dominio permanente o habitual sobre los obstáculos que le impiden obrar moralmente bien.

También el egoísmo es una pasión que, por un excesivo amor propio, aparta al hombre de dar a cada uno lo suyo, su *derecho*.

Para dar este derecho a los demás de una manera estable, es menester crear, por la repetición de los actos, la virtud de la *justicia*, que inclina a dar de un modo permanente a cada uno lo suyo, su *derecho*.

Cuando el término de la donación del derecho es la *sociedad*, la virtud que conduce a ella, se llama *justicia legal*. Cuando el término es otra persona —individual o moral— la virtud que le otorga su derecho, se llama *justicia conmutativa*. Se llama *justicia distributiva* a la virtud que inclina al gobernante y, en general, al que ejerce autoridad, a repartir a sus subordinados, de un modo proporcional, derechos y deberes. Finalmente, la *justicia social* es la que inclina de un modo habitual a dar cada persona lo necesario y conveniente para su digna sustentación para ella y su familia, en la actualidad y en el futuro.

Según algunos autores esta *justicia social* está incluida y no se distingue realmente de la *justicia distributiva*. Es una cuestión teórica, que nada resta a la importancia de tal justicia.

Estas tres virtudes morales: la *templanza*, la *fortaleza* y la *justicia* con sus múltiples virtudes específicas colocadas bajo su razón genérica, ordenan habitualmente la voluntad libre del hombre al bien moral.

Sin embargo, para el recto obrar moral, es necesaria todavía una cuarta virtud, la más importante: la *prudencia*; la cual no tiene su asiento en la voluntad sobre las pasiones, sino en la inteligencia.



La prudencia es necesaria para aplicar a las otras virtudes morales los principios éticos, para que con ellos aquéllas se ajusten a cada caso concreto, según sus exigencias. En efecto, de lo individual no hay ciencia. Por eso, los principios morales no se pueden aplicar por un mero raciocinio a las situaciones concretas de la conducta. Es menester que la virtud de la *prudencia* de un modo permanente aplique tales principios para que las demás virtudes actúen en el "justo medio", es decir, entre dos posibles excesos: ni de más, ni de menos. Así en lo referente a la comida, la prudencia gobernará a la templanza para que en cada caso concreto no se coma de más ni de menos.

Esta virtud inclina a la inteligencia a regular las demás virtudes de acuerdo a las exigencias de los principios morales, en la justa medida que cada situación moral impone. Virtud arquitectónica, por eso, como la llama Santo Tomás, y sólo bajo cuya intervención la acción resulta moralmente buena en cada situación concreta.

La cultura moral no consiste, pues, en hacer alguna vez el bien, ni siquiera en ejecutar un acto heroico, sino en obrar *habitualmente bien*, es decir, en tener dominadas las pasiones de tal manera que la voluntad libre, de sí ordenada al bien moral, pueda realizarlo sin mayor dificultad, por *connaturalidad o inclinación virtuosa*, de acuerdo a las exigencias de los principios morales de la razón, aplicados por la prudencia en cada caso particular. El juicio práctico de la inteligencia que de-vela el bien moral necesita de una voluntad bien dispuesta o virtuosa, que de este modo lo adopte por connaturalidad afectiva y lo hace eficaz en la elección libre del bien.

#### 10. *El sector del contemplar o actividad especulativa de la inteligencia*

Finalmente la cultura tiende a perfeccionar humanamente la actividad de la inteligencia, a encauzarla de una manera habitual hacia la verdad, evitando los senderos del error.

La inteligencia puede desviarse fácilmente de su objeto, que es la verdad, y puede ser presionada por las pasiones y descaminarse de ella y llegar a confundir la verdad con el error y también a desviarse por un razonamiento equivocado.

De ahí la importancia de crear en el intelecto, por la repetición de los actos, los hábitos de la *ciencia y de la sabiduría*; con las cuales puede razonar sin peligro de error para descubrir, respectivamente, las causas inmediatas y últimas de las cosas.

En cambio, el *hábito de los principios* es innato, y con él la inteligencia, sin esfuerzo, se posesiona de los primeros principios especulativos evidentes por sí mismos, como el de no contradicción, de identidad, de razón de ser y causalidad.

De un modo análogo, en el orden práctico, el hábito de la *sínderesis*, también natural, aprehende inmediatamente y sin esfuerzo los primeros principios

morales, inscriptos por Dios en la propia naturaleza, como el de que hay que hacer el bien y evitar el mal, de que no se puede matar a un inocente.

También en el orden práctico los hábitos de la *prudencia* y del *arte*, adquiridos —como los de la *ciencia y de la sabiduría*— por la repetición de los actos, dirigen la inteligencia para el bien obrar moral y el correcto hacer artístico-técnico, respectivamente, ajustando los principios especulativos a la realidad concreta.

La cultura intelectual no consiste en saber muchas cosas, sino en *saber razonar y pensar bien*, de acuerdo a la verdad; la cual se alcanza por los mencionados hábitos del orden teórico y práctico. De ese modo la cultura ordena de un modo permanente la inteligencia hacia la verdad. Por eso también, la cultura es una *humanización* o perfeccionamiento humano de la inteligencia, así como las virtudes morales *humanizan* o perfeccionan humanamente la voluntad y la conducta.

### 11. Orden jerárquico de la cultura

Esta penetración del espíritu humano para perfeccionar el *hacer, el obrar y el contemplar*, ordenándolos a sus respectivos valores: de *utilidad y belleza, de bondad y verdad*, para que sea auténticamente cultura o humanismo, es menester que se subordinen y ordenen entre sí en un orden jerárquico.

Así la técnica y el arte, según ya lo advertimos en su lugar (n. 7), con sus propias conquistas, deben subordinarse al bien del hombre como tal, que es el bien moral. Porque la cultura o humanismo, en definitiva y según ya dijimos, es una actividad ordenada a perfeccionar el hombre

La cultura moral a su vez está ordenada al bien específicamente humano. Ahora bien, el hombre alcanza su plenitud humana por la posesión de su último Fin o Bien supremo, que es Dios. Por eso la cultura moral está ordenada y se subordina a la cultura contemplativa de la inteligencia, por medio de la cual el hombre llega a posesionarse plenamente de la Verdad divina en el cielo —con la ayuda de la gracia sobrenatural, si se trata de la Visión inmediata de Dios— e imperfectamente en este mundo.

Las almas que han llegado ya en el tiempo a la contemplación de Dios, a gustar de su presencia de un modo connatural por la caridad y el don de sabiduría, ya casi no tienen problema moral: están tan unidas a Dios, gozan tan íntimamente de su presencia —siquiera en la penumbra de la fe— que es moralmente imposible el pecado, plenamente deliberado.

Conviene recordar que *cultura o humanismo y valor* son correlativos. No hay cultura sin valor, ya que la cultura es un perfeccionamiento de las cosas y del hombre, en vistas siempre y en definitiva de un bien de éste, logrado con la consecución o realización de un valor: de utilidad, de belleza, del bien moral o de la verdad.

Y a la vez el valor es un bien concebido como esencia útil, bella o buena, por referencia al hombre o a uno de sus aspectos.

## 12. *Culminación religiosa de la cultura*

De esta subordinación de sus distintos sectores entre sí de un modo jerárquico, se sigue que la cultura o humanismo —aun en el plano puramente natural— culmina y es *esencialmente religiosa*. Toda ella tiende al perfeccionamiento humano, que sólo se logra por la aproximación y, en definitiva, por la posesión del Bien infinito de Dios.

De aquí que toda cultura, desde sus sectores inferiores, como los de la técnica y el arte, esté ordenada a perfeccionar al hombre y, en última instancia, a conducirlo a Dios como a su Fin último o Bien supremo.

La cultura es obra del *homo viator*, está ordenada a perfeccionar al hombre en su vida temporal; pero como ésta, toda ella está ordenada al *homo beatus*, a trascender el ámbito del tiempo y conducir al hombre a su plenitud humana, más allá del tiempo y de la muerte, con la posesión de Dios en la eternidad. Siendo esencialmente temporal, la cultura apunta siempre y se sostiene en esta meta transtemporal, que es el Bien infinito.

## 13. *La cultura o humanismo realizado*

Por cultura se entiende también y por lo común las costumbres y otros modos de vida realizados con determinados valores y con un estilo especial. Podríamos decir que —a diferencia de la *cultura in fieri*, en la que nos hemos detenido hasta ahora, para señalar su esencia en sus diversas direcciones y orden jerárquico— la cultura *in facto esse* es el conjunto de valores realizados con un modo o estilo especial por un grupo étnico determinado. Estas culturas no se refieren a los Estados u organizaciones políticas, sino más bien a las *nacionalidades o comunidades*, que pueden coincidir o no con aquéllos. Así la cultura etrusca, fenicia, griega y romana, entre las antiguas, y las germánicas, eslavas y románicas entre las modernas. Dentro de esas culturas, con sus propios valores y estilos de vida, se ubican subgrupos más específicos, como el hispánico o el itálico, y dentro del primero, el latinoamericano y aun el argentino o mexicano.

Para mantenerse tales estas culturas, en primer lugar deben purificarse de sus desviaciones, deshacerse de sus desvalores o valores negativos, como ciertos ritos y costumbres inmorales o cultos a divinidades falsas. Luego han de tratar de conservar y acrecentar sus valores positivos con su estilo peculiar, propio de cada nacionalidad o grupo que les dan fisonomía peculiar.

Este humanismo o cultura es tan antiguo como el hombre. Desde sus orígenes éste comenzó a hacer cultura, según las circunstancias étnicas y regionales, razas y costumbres y medios a su alcance y se fueron agrupando las

diferentes culturas con su fisonomía propia. Ya dijimos antes que el hombre no puede vivir sin realizar cultura y tampoco puede vivir humanamente, decir, de acuerdo a su dignidad, sin cultura. Pero el medio y estilo de realizarla depende de las condiciones geográficas, materiales, étnicas e históricas y también de las costumbres y modos de vida peculiares de cada grupo y región. Por eso, aun tratándose de las mismas manifestaciones culturales —la técnica y el arte, los valores morales y las costumbres—, el modo y estilo con que se encarnan en cada nacionalidad o grupo social son diferentes.

### III

#### EL HUMANISMO CRISTIANO

##### 14. *La situación del hombre después del pecado*

Por el pecado original el hombre perdió los bienes sobrenaturales y quedó herido en su naturaleza. La inteligencia quedó moralmente impedida para descubrir la verdad, sobre todo en las regiones superiores, como Dios, la ley moral, el orden jurídico, la dignidad de la mujer, precisamente las más necesarias para organizar correctamente la vida humana. Otro tanto acaeció con la voluntad libre, debilitada frente a las pasiones y de este modo más proclive al pecado. Por esta razón, sin estar propiamente corrompido —como afirma el protestantismo de Lutero— el hombre está *moralmente imposibilitado* para poder obrar íntegramente bien y perfeccionarse plenamente por sí mismo.

Y desde que la cultura es una actividad humana, en el estado actual también ella está impedida de poderse realizar plenamente, sobre todo en los sectores más elevados del espíritu, como la moral, la religión y el orden intelectual.

Basta recordar cómo las dos culturales sobresalientes de la Antigüedad antes de Cristo: la *griega* y la *romana*, pese a sus innegables contribuciones, adolecieron de graves defectos. Así observamos cómo los dos filósofos más conspicuos y representativos de la filosofía griega, Platón y Aristóteles, pese a sus extraordinarios aportes a la filosofía, cometieron graves errores. Así el primero no rechazó el politeísmo, se expresó muy vagamente sobre Dios y su naturaleza, no conoció la creación ni rechazó la esclavitud y constituyó el Ser divino imparticipado por un conjunto de Esencias o Ideas y el segundo, si bien demostró la existencia de Dios, desconoció la creación y el conocimiento divino del mundo y consiguientemente la Providencia y la religión como relación del hombre con Dios, e intentó probar la legitimidad de la esclavitud y admitió el politeísmo.

Mucho más grave es la situación de culturas y filosofías de otros pueblos. En todos ellos la moral, las costumbres y la religión adolecieron de graves claudicaciones y errores, que condujeron la vida humana a elevados grados de degradación, individual, familiar y social. Baste recordar que en todas ellas la mujer estuvo rebajada en su dignidad cuando no realmente esclavizada, y se admitió la tortura y vejamen a los prisioneros.

### 15. *La restauración del orden natural por el Cristianismo*

El Cristianismo con la Revelación y la gracia no sólo *instauró el orden sobrenatural* de la vida divina del hombre, perdido por el pecado, y lo restituyó a su filiación divina, sino que también *restauró el orden natural*, debilitado por el pecado original. La Revelación no sólo comunica al hombre la Verdad de Dios por la fe, sino que ayuda a la inteligencia a descubrir la verdad natural, a constituir la *filosofía cristiana*. Y la gracia no sólo confiere al hombre una *dimensión de vida sobrenatural de hijo de Dios*, sino que a la vez *sana la naturaleza humana* de sus heridas. Esta debilidad consiguiente de la inteligencia y de la voluntad libre, han sido curadas por el establecimiento de la fe y de la vida cristiana.

De hecho el Cristianismo, sobre todo a través del trabajo minucioso y tenaz de los monjes, como lo ha demostrado Montalembert en su obra "*Los Monjes de Occidente*", salvó las reliquias culturales de Occidente y sobre todo el idioma griego y latino y los textos clásicos de ambas culturas. Gracias a ellos podemos leer a Ovidio y Virgilio y a Demóstenes y Sófocles.

A su vez la Iglesia incorporaba a su arquitectura y a su liturgia múltiples y magníficas realizaciones del arte greco-romano.

Mediante la gracia sanante de la naturaleza humana, con los elementos valederos rescatados de las antiguas culturas, y con la incorporación de los nuevos pueblos bárbaros con sus propios aportes, la Iglesia fue elaborando paulatinamente una nueva cultura, no sólo con valores estrictamente sobrenaturales, sino también con los valores puramente humanos restaurados. Así abolió paulatinamente la esclavitud y suavizó las costumbres de los pueblos bárbaros, purificó de sus defectos la herencia de la antigüedad greco-romana y elevó a la mujer a su dignidad y la colocó a la par del hombre, como se ve ya en San Pablo.

### 16. *La nueva cultura instaurada por el Cristianismo*

Mediante la penetración de la verdad natural desde la Verdad sobrenatural y mediante la gracia sanante de la naturaleza humana, durante varios siglos la Iglesia fue elaborando y creando una nueva cultura, *una cultura*, por eso, *verdaderamente cristiana*, tanto en el plano sobrenatural como en el plano natural. Expresión de la misma, en los siglos VII y VIII son los *Colegios Catedráticos y Monacales*, con cuya actuación educadora y humanizadora, fue creando una nueva visión humana y cristiana de la vida. El *Trivium* y el *Quadrivium* cultivaron las artes y las matemáticas y principalmente la dialéctica. De ésta había de originarse principalmente la célebre discusión y solución del siempre arduo problema del valor preciso de los conceptos universales, problema que virtualmente encerraba todo el ámbito de la filosofía y de hecho dio origen a la *Filosofía medieval cristiana*. Así la Iglesia tomaba bajo su amparo la educación como un elemento de la evangelización de los pueblos.

En los siglos XIII y XIV la Iglesia creó las célebres *Universidades de Europa*, como Federación de aquellos Colegios Catedráticos y Monacales. Tales Casas de estudios superiores expresan la cumbre alcanzada por esta cultura o humanismo cristiano, cual expresión superior de la vida de la inteligencia en todo un nuevo orden humano y cristiano, de una nueva cultura creada e instaurada bajo su amparo eclesial, verdaderamente humana y verdaderamente cristiana.

En efecto, esta "*Universitas o gremio de maestros y alumnos*", agrupados en torno al saber teológico y filosófico, jerárquicamente organizado sobre el ser trascendente y, en definitiva, sobre el Ser divino, revelado por la fe y conocido por la razón, no hacía sino expresar la unidad jerárquica de toda la cultura cristiana —sobrenatural y natural, fundada en un *onto y teocentrismo*— en los diversos sectores de la misma.

La unidad del arte gótico, bellamente realizado en sus castillos, en sus códices, en los albergues de los gremios, en los libros litúrgicos y de las horas, y sobre todo en sus admirables catedrales, verdaderos encajes de piedra; los gremios, las ciudades libres y los dominios feudales agrupados en la unidad del Sacro Imperio, al menos como ideal político; la Cristiandad fundada en la unidad de la fe y vida cristianas; y el orden político y religioso, organizado en una unidad jerárquica vivida; y otras muchas manifestaciones del espíritu medieval *dieron origen a la cultura de Occidente, cristiana y humana a la vez*, encarnada y viviente en *Europa*. Porque *Europa* no ha nacido sino como la realización de la nueva cultura, creada por la Iglesia que instauró en su unidad un orden sobrenatural y restauró un orden natural perdido o deteriorado por el pecado, jerárquica y vitalmente organizado. Si esta nueva cultura no se desarrolló plenamente, sobre todo en los sectores científicos y técnicos, se instauró en los sectores más nobles y elevados del espíritu y del perfeccionamiento humano: en el plano de la Sabiduría filosófico-teológica, del arte, de la moral, del derecho, de la política y de la religión. Una nueva cultura humana nació y floreció, llena de vida, alimentada por la savia cristiana de la Iglesia, de la Revelación y de la gracia.

#### 17. *La ruptura de esta unidad cultural cristiana en la edad moderna*

Con el Renacimiento se desarrollan las matemáticas y las ciencias físico-naturales, con el descubrimiento de las leyes que gobiernan al mundo de la materia. A la vez se restauran la literatura y las artes clásicas grecolatinas. La cultura tenía derecho a esta conquista de sectores no cultivados o poco desarrollados en la Edad Media por la cultura cristiana, ocupada principalmente en el desenvolvimiento de los sectores superiores del espíritu.

Lo malo de la cultura moderna no está en la conquista de estos nuevos sectores de la misma, sino en que comienza la separación de la influencia cristiana y en la voluntad de organizarse como una cultura puramente humana, laicizada, para acabar, en muchos casos, opuesta al Cristianismo. De este modo, la Edad Moderna escindió la unidad medieval del Cristianismo y la cultura.

No es intención de este trabajo seguir paso a paso este camino de separación, cada vez más acentuado a través de los siglos.

Sólo queremos subrayar aquí que, al desvincularse del Cristianismo y concretamente de la Revelación que ayuda a la inteligencia a restaurar el orden de la verdad, y de la gracia que sana y restablece el orden natural, la cultura humana comenzó a deteriorarse precisamente en sus niveles superiores de la religión, de la moral, de la filosofía, del derecho y de la política.

Si bien la cultura científica y técnica, es decir, la cultura que incide en la materia, ha continuado su desarrollo incesante en la Edad Moderna y Contemporánea, hasta alcanzar niveles y conquistas realmente extraordinarias, no ha sucedido lo mismo con la cultura del espíritu. La filosofía, que expresa intelectualmente el nivel de la cultura, se ha desvinculado de la verdad y del ser trascendente, del Ser divino principalmente, y se ha sumergido de un modo creciente en un inmanentismo agnóstico, que condena al hombre a la contradicción y al sin-sentido de la vida de la inteligencia y, a través de ésta, de toda la vida humana en sus aspectos religiosos, morales, jurídicos, políticos y sociales. Nunca como en nuestros tiempos la vida humana y la cultura han perdido el sostén de la verdad y del bien trascendente para caer, por diversos caminos equivocados, en el agnosticismo escéptico. Sin duda, el existencialismo materialista, ateo y nihilista de Sartre, con el Neopositivismo actual, señala el término de esta desintegración de la cultura no sólo cristiana, sino también humana.

Al querer establecer una cultura puramente humana, desvinculada del Cristianismo, de la Revelación y de la gracia, la Edad Moderna y Contemporánea no sólo han perdido la cultura sobrenatural cristiana, sino también han deteriorado y perdido la cultura del orden natural, el *humanismo*, precisamente en los sectores más valiosos del espíritu, que son los que dan sentido a la vida del hombre en el tiempo y en la eternidad.

Pero a diferencia de la Edad Antigua, que, por carecer de la influencia del Cristianismo, de la Revelación y de la gracia, que restablece el orden natural, cayó en numerosas desviaciones de la cultura, la Edad Moderna y Contemporánea, al pretender una cultura meramente humana, separada y a veces hasta opuesta al Cristianismo, ha recaído en un deterioro mucho más grave de la cultura, que la de aquella edad; porque se ha apartado del Cristianismo y ha perdido la influencia que éste le había brindado para restaurar el orden natural y, con él, la cultura humana. Lo que fue fruto en la Antigüedad de una ausencia del Cristianismo y de su influencia, es ahora, en la Edad Moderna y Contemporánea, el fruto de una apostasía y de un rechazo de una influencia que había sido brindada por el Cristianismo.

#### 18. *Hacia un nuevo Humanismo o Cultura cristiana*

De aquí que para restaurar la cultura integralmente humana en todos sus sectores y en su unidad jerárquica, es menester volver a incorporarla a un nuevo orden cristiano. No se trata de perder en nada los valores logrados en esta Edad,

sobre todo en el plano científico y técnico, sino de reconquistar los valores superiores del espíritu, perdidos o deteriorados en ella, y dar a aquéllos su verdadera ubicación y sentido mediante una reintegración de la cultura en los valores eternos, humanos y cristianos, con un nuevo estilo conforme a nuestra Edad. Porque tampoco se trata de un retorno al pasado. La historia no se repite sino analógicamente. Lo que importa es restaurar la cultura en un renovado orden cristiano, de acuerdo a nuestro tiempo.

Los auténticos valores de la cultura humana serán preservados unos, reconquistados otros y fortalecidos todos, sobre todo en los niveles supremos del espíritu: la religión, la moral, el orden jurídico y político y también el arte —hoy tan deteriorados, cuando no perdidos del todo— bajo la influencia del Cristianismo, que con la Revelación y la gracia, no sólo confiere a la misma una dimensión divina, sino también la instauración de un *orden humano y de un auténtico humanismo o cultura*.

Tal el *Humanismo Cristiano*, que, con la restauración de la unidad de la *Iglesia y cultura*, está empeñado en reconquistar nuestro eximio Pontífice Juan Pablo II.

OCTAVIO N. DERISI